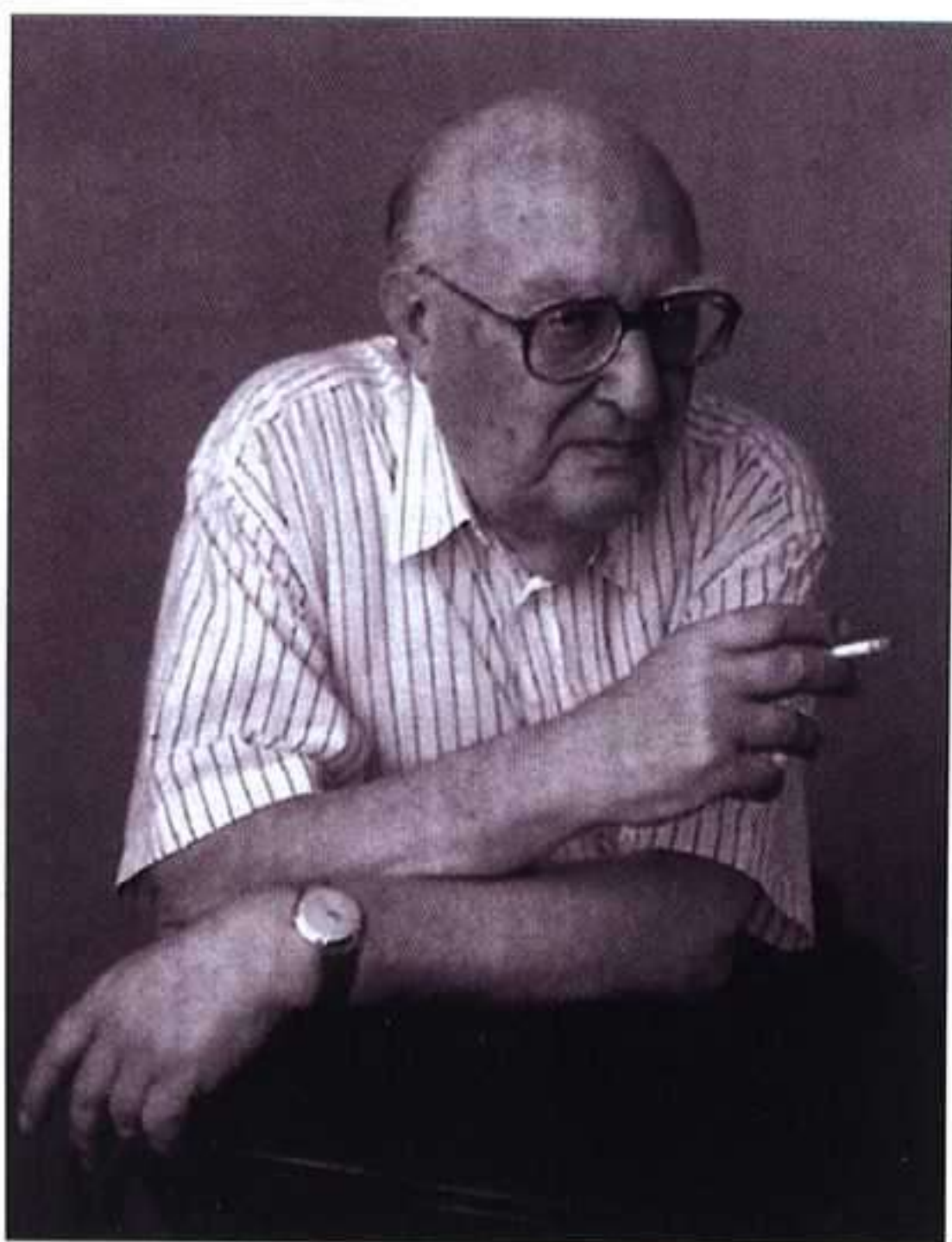


La biblioteca de Salvo Montalbano

Emilio Pascual*

UN MES CON MONTALBANO

PRIMERA EDICIÓN: 1998



ANDREA CAMILLERI (1925-)

Desde el *Polifemo* de Góngora sabemos que «Sicilia, en cuanto oculta, en cuanto ofrece, / copa es de Baco, huerto de Pomona». Entre las cosas que ofrece, además de la fruta y el trigo, se halla la comisaría de Vigàta, donde el comisario Salvo Montalbano lleva años refugiando sus cambios de humor, sus irritaciones, melancolías y perplejidades.

Las perplejidades del comisario procedían de su capacidad para comprender los laberintos de la condición humana. Hasta un delincuente como Tano el Griego adivinó que el comisario era un hombre que *entendía* las cosas. Nacido en algún momento impreciso de los años cuarenta, el comisario Salvo Montalbano era «propenso a padecer los efectos de los repentinos cambios meteorológicos», lo que acaso acentuaba su poco dogmático deseo de no conformarse con las apariencias y hallar la cara oculta de las cosas: había heredado esa condición del carácter enfermizo de su madre.¹ Su padre, en cambio, «disfrutaba siempre de la misma salud y, con lluvia o con sol, pensaba siempre lo mismo».

Ya en la escuela había leído las *Metamorfosis* de Ovidio, siquiera de modo fragmentario: todavía cuarenta y tantos años después recordaría el episodio de la tejedora Aracne, transformada en araña por haber osado desafiar a Atenea. No sabemos si de aquella época le que-

daba la sentencia latina *nec tecum nec sine te*. En todo caso podía aplicársela a sí mismo, pues es de saber que tenía una novia en Boccadasse (Génova), con la que se veía de modo intermitente, intermitencias de tiernos encuentros y borrascosos arrebatos. Quizá por eso duraba tanto su relación atípica: *ni contigo ni sin ti*.

Su «estantería» de libros

No lejos de la comisaría de Vigàta, aunque no tan cerca como para prescindir del coche, reposaba su casa de Marinella, un lugar de «aquella Sicilia áspera, sin apenas vegetación, hecha de tierra avara de verdor y de hombres avaros de palabras». La casa de Marinella acogía su biblioteca, que el cronista de las historias de Montalbano, más inclinado a describir el contenido de la nevera que la materia y forma de la biblioteca, se limita a llamar *estantería*. Podemos deducir que no era como la que decoraba el despacho del abogado Francesco Luna: «estanterías de madera negra llenas de libros jamás leídos».

Porque el comisario Montalbano sí leía. A los treinta y dos años, durante uno de los peores inviernos de su vida, en que uno no podía quitarse el abrigo y la bufanda ni para acostarse, Salvo Montalbano se dio a la lectura como otros a la be-

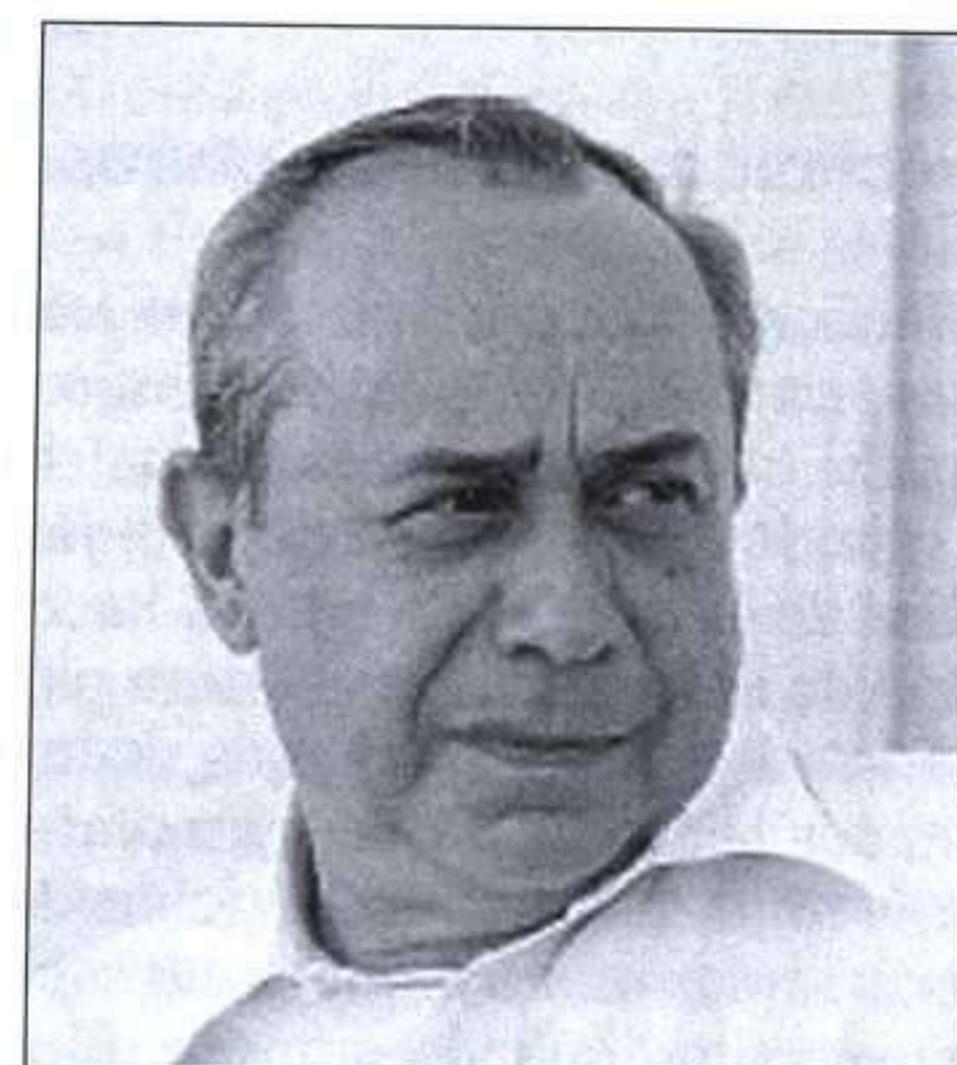
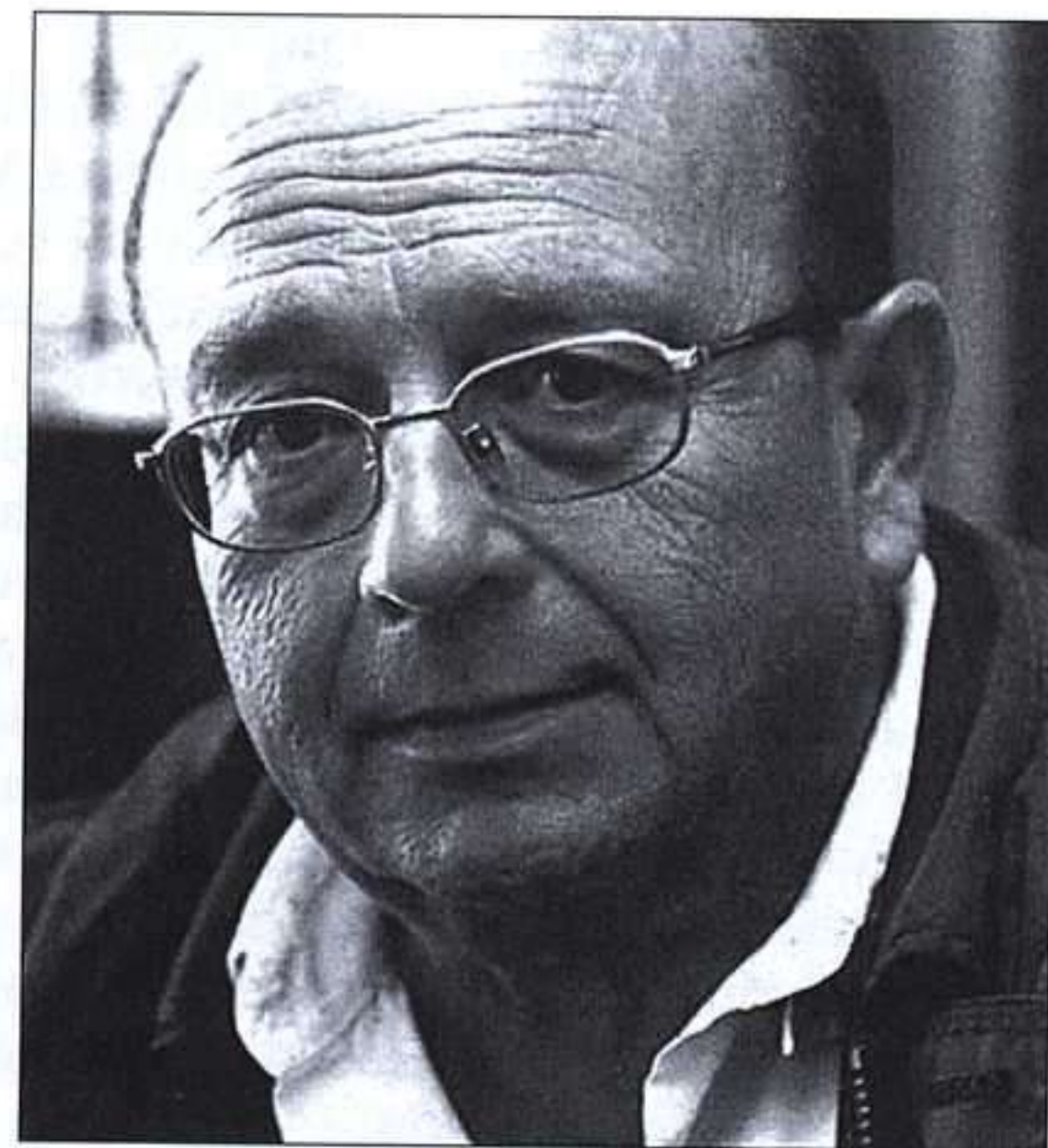
UN MES CON
MONTALBANO
ANDREA
CAMILLERI



narrativa
salamandra



Marcel Proust.
Manolo Vázquez Motalbán y
Leonardo Sciascia, tres autores
que figuran entre los leídos
por Montalbano.



bida: aquel invierno lo dedicó a Proust, a Musil y a Melville. Años después pudimos verlo aliviando una tensa, incierta espera, con una novela de Vázquez Montalbán entre las manos, con toda probabilidad aquella que ocultaba una frase que había atraído poderosamente su atención: «La pistola dormía con su presencia de lagarto frío». ² Sabemos que el escritor barcelonés «lo intrigaba enormemente», y no solo porque tuviera «su mismo apellido, bien que españolizado en Montalbán». *El quinteto de Buenos Aires*, estaba en su biblioteca, y no es arriesgado aventurar que también el resto de las obras de la serie. En ella estuvo *Llamada para el muerto*, de John Le Carré, aunque se lo había prestado a Mimì Augello, y una noche le hizo devolvérselo a toda prisa arrancándole de la cama en calzoncillos, total para comprobar lo que ya sabía. Mimì Augello nos confirmó lo que ya sabíamos nosotros: que leía mucho.

«¿Se puede ser policía de nacimiento, llevar en la sangre el instinto de caza, como lo llama Dashiell Hammett, y al mismo tiempo cultivar buenas y refinadas lecturas? Salvo Montalbano lo era». No solo eso: tenía la íntima convicción de que «si Leonardo Sciascia, en lugar de ser maestro de escuela, hubiera hecho oposiciones a la policía, habría sido mejor que Maigret y Pepe Carvalho juntos». Podemos asegurar sin riesgo que Sciascia era uno de sus autores favoritos. A los dieciséis años había leído por primera vez *El archivo de Egipto*, libro que ya no lo abandonaría jamás. A lo largo de su vida, acabaría volviendo una y otra vez a ese *archivo*, que quizá le ponía ante los ojos la perenne realidad de la impostura. ³ Siempre se reescribe la historia según los intereses del momento: la historia, como la metáfora, es una mera cuestión de énfasis. Por tal manera, *El archivo de Egipto* había sido leído no

menos de veinte veces. También releía muy a menudo *La cuerda loca*, «quizá para comprenderse un poco mejor a sí mismo». Del maestro de escuela Leonardo Sciascia.

El comisario «era un apasionado de la literatura»... Volvía y volvía sobre los libros de su vida. En una ocasión lo sorprendimos leyendo por quinta vez *Pilón*, de Faulkner. ⁴ Otra noche, durante una de esas oleadas de melancolía, «leyó por sexta vez *Benito Cereno* de Melville, que le fascinaba y del que no conseguía despegarse». Tampoco le importó repetir otra vez *Crimen perfecto*, de Hitchcock, una película que «le entusiasmaba a pesar de haberla visto cinco veces». Y le encantaba Marco Denevi, escritor argentino, de quien se dijo que era «un semáforo rojo para la estupidez». ⁵

Una joven devota de la novela negra, derretida ante su presencia, le hizo saber que él era «mucho mejor que Maigret,

que Poirot, que...». ¿Quiso decir Pepe Carvalho? En cuestión de gustos culinarios él se suponía «más próximo a Maigret que a Pepe Carvalho, el cual se daba unos atracones de platos capaces de incendiar el vientre de un tiburón». De todos modos, Salvo Montalbano adoraba los salmonetes, los pulpitos a la napolitana, apenas podía resistirse a unos langostinos a la plancha en la *trattoria* San Calogero, a esa «extraordinaria pizza de múltiples sabores» conocida por *tabisca*, y no renunciaba a la *trattoria* Da Enzo, donde, si un cliente le caía bien, como era el caso del comisario, podían prepararle un «cuscús con ocho variedades de pescado».

Ojo clínico para las lecturas

Hacia muchos años que había leído *El manuscrito encontrado en Zaragoza*, de Potocki, y recordaba su original forma de suicidio. No es creíble que el jefe superior de Policía le obligara a hacer dos horas de antesala en la Jefatura para invitarlo al suyo: suponemos, que para sostener la impasibilidad y matar el tedio, «empezó a leer un artículo de Susanna Tamaro». En cambio, no sabemos con exactitud cuándo empezó a leer tebeos, aunque sí que llegó a leerlos con fervor y devoción.⁶

Conocía a Ionesco, y aun pensó que podría superar quizá *La cantante calva* con solo transcribir los diálogos imposibles entre Catarella y la señora Antonietta Palmisano. En su biblioteca lo mismo podía verse la novela del fotógrafo ciego, «del pobre Bufalino», que *Yo, robot*, de Asimov; «un libro de setecientas páginas que había comprado en un tenderete y jamás había abierto, pero cuyo título le había llamado la atención: *Metafísica del ser parcial*»: no llegó a aprender las cualidades metafísicas del ser (parcial), pero le sirvió de pretexto para poner en marcha una diminuta cámara camuflada en la biblioteca. En la estantería estaba también *El agente secreto* de Conrad, una novela que le había gustado, aunque no recordaba mucho más. Tenía en alta estima *Las veladas de San Petersburgo*, de Gógol, un indicio más de su excelente gusto literario. En la única librería de Vigàta que merecía tal



Arriba, William Faulkner.
Robert Musil y el cartel
de Crimen perfecto,
dirigida por Hitchcock.



nombre compró en cierta ocasión «una obra de Cònsolo que tiempo atrás había ganado un premio literario». La firmó al momento: «tenía la manía de estampar inmediatamente su firma en todos los libros que compraba».

Había leído *El nombre de la rosa* y los dos diarios mínimos de Umberto Eco, pero no su *Tratado de semiótica general*, ni tampoco la *Semeiotiké*, de Julia Kristeva. «Aborrecía leer libros sobre la mafia, sus asesinatos y sus víctimas. No lograba comprender por qué, no lo entendía, pero jamás los compraba y ni siquiera leía las solapas». Soportó estoicamente el primer volumen, de setecientas páginas, de la *Vida y obra de Rinaldo y Antonio Lo Bianco, maestros jurados de la Universidad de Girgenti en tiempos del rey Martín el Joven (1402-1409)*, magna obra del juez Lo Bianco, que había dedicado varios años de su vida a buscar sus improbables raíces en aquellos maestros universitarios de hacía seis siglos. No consta que lo leyera,

aunque sabemos que lo hojeó, y quizá vivió con la amenaza de recibir el regalo envenenado de los próximos volúmenes.

No evitaba la poesía. Le había encantado cierto poema de Dylan Thomas, uno de cuyos versos contenía las palabras *the country of sleep*. Alguna vez le vino a la memoria un verso de Quasimodo, un poema de Delio Tessa, otro en dialecto de Virgilio Giotti o un verso perteneciente a un poema y un poeta ya olvidados: *Padre, que todos los días te mueres un poco...* Era capaz de remontarse hasta los versos enamorados de Matteo Maria Boiardo. La lectura de *La tierra baldía*, de T. S. Eliot, podría ser lo mismo del comisario que del historiador. En todo caso él no hubiera desdeñado el verso 18: *I read, much of the night, and go south in the winter*, «Leo casi toda la noche y voy al sur en invierno».

Extraños sucesos podían llevarlo a curiosas asociaciones de ideas, como una «docta cita de Gertrude Stein», o a pre-



Retrato de Dashiell Hammett.
Abajo, un cartel de una
representación teatral en Madrid de
La cantante calva, de Ionesco.

guntarse: «¿Qué decía Shakespeare? Ah, sí: “Tus palabras son mi alimento”», o a perfilar en su mente «aquella novela de Dürrenmatt en la que un comisario consagra su vida a cumplir la promesa que ha hecho a unos padres: encontrar al asesino de su hija... un asesino que entre tanto ha muerto, pero el comisario no lo sabe». Sentado bajo un acebuche centenario —que un día caería bajo la sierra de los especuladores inmobiliarios, provocando su irresistible cólera—, evocó una palabras de Pirandello, perdidas entre *Los gigantes de la montaña*: «Hay un acebuche grande... con el cual lo he resuelto todo».

Como todo italiano que se precie, había leído *Los novios* de Manzoni. Recordaba incluso, en su traducción al siciliano, la célebre frase *questo matrimonio non s'ha da fare*. Mimì Augello, en cambio, confesaba que lo había estudiado en la escuela y tuvo suficiente. Pero Salvo Montalbano tampoco había olvidado una línea de la

Columna infame, del propio Manzoni: «Decidme qué queréis que diga». ⁷

En algún momento de irritación sus libros aparecieron «abiertos, hojeados y maltratados». En su biblioteca estaban Tabucchi y Simenon. De hecho una noche, en la cama, dudó «entre el último libro de Tabucchi y una antigua novela de Simenon que jamás había leído». *La prometida del Señor Hire*, de Simenon, anduvo en su biblioteca, y se la llevó Livia para acabar de leerla. No desconocía a Pavese ni a Elio Vittorini. Había hojeadado *El capital*.

Entre los libros que poblaban las estanterías no figuraba la Biblia, pero necesitó una para resolver un caso, y sabemos que leyó al menos unos capítulos del Génesis. Sí había, en cambio, un ejemplar del *Fausto*, y además en la versión de Manacorda, sensiblemente superior a la de Liliana Scalero, la única que existía en la biblioteca municipal. El monólogo de Hamlet lo conocía en una

traducción del XVIII. Y alojados en la estantería residían también los *Cuentos* de Allan Poe.

Que el comisario Montalbano hubiera leído *Hamlet*, *El doctor Jekyll y mister Hyde*, a Dashiell Hammett y muy probablemente a Chandler, alguna novela policiaca de Carlo Lucarelli y varias veces a Vázquez Montalbán, no tiene nada de raro. Que entre sus lecturas preferidas no figurasen los escritos y discursos de Mussolini —aunque conociera la existencia de *Parlo con Bruno*, «que Mussolini escribió a la muerte de su hijo»—, tampoco. Lo sorprendente es que hubiera leído a Roland Barthes, de quien su jefe superior no había oído hablar y a quien Montalbano se lo definió, con sarcástica ironía, como «un eminente criminólogo francés».

Era una fuente de sorpresas. En el curso de una investigación podía ilustrar sus observaciones o preguntas con cuadros de Brueghel, del Bosco o de Gauguin, corregir a Mimì Augello —que confundía a Hayez con Velázquez—, o asustar a un cuarentón coletudo con el nombre de Kurt Suckert, sin que el otro pudiera adivinar que era el nombre verdadero de Curzio Malaparte. Ante una situación de encrucijada se preguntó qué hubieran hecho Gólgol y Kafka. Sus pesquisas lo condujeron hasta rarezas de bibliófilo como la *Representación de los Siete Durmientes* en el segundo volumen de la antología de D'Ancona, o *La gente de la cueva*, de Taufik al-Hakim, una obra de teatro que nunca figuraría en la lista de *best-sellers*. Seguramente coincidiría con la señora Clementina Vasile Cozzo, anciana maestra jubilada y ahora parálitica, en que *Edipo* era un sobrecogedor relato policiaco; y con el autor de un artículo sobre las *Noches áticas* en que «Aulo Gelio era un escritor elegante de cosas absolutamente fútiles», si bien bastaría para justificarlo la historia de Androcles y el león. Alguna vez canturreó la marcha triunfal de *Aida*, evocó *La bohème*, tarareó el coro de *Carmen*, *O toreador ritorna vincitor*, y era capaz de silbar la *Incompleta* de Schubert sin errar ningún pasaje.

El comisario Salvo Montalbano opinaba que «el don esencial de un policía» es «el ojo clínico». También se definió como «un simple lector de los que, a mi juicio, son buenos libros». Lectura y ojo

clínico que demostró en cierta ocasión ante el profesor Cosentino del Instituto Federico Fellini... Pero sería una injuria suplantar al irrepentible cronista en este momento estelar de la historia de las bibliotecas imaginarias:

«—Comisario, ¿no conoce una deliciosa novela del siglo XVIII que se titula *El diablo enamorado...*?»

—De Cazotte —lo interrumpió el comisario—. La he leído.

El profesor se recobró en seguida del ligero estupor.

—Cierta noche, Jacques Cazotte se encontraba con unos amigos célebres y adivinó con exactitud el día de su muerte. Bien...

—Oiga, profesor, ya conozco la anécdota, la he leído en Gérard de Nerval.

El profesor se quedó boquiabierto.

—¡Caramba! ¿Cómo sabe esas cosas?».

Debo corregir al historiador. Él dice que *replicó con brusquedad*. Pero yo me imagino a un Salvo Montalbano resignado, que responde con muchísimo sosiego: «Leyendo». ⁸

«En Vigàta y los alrededores existe la creencia de que las urracas, aves muy parlanchinas, comunican a quien sabe entenderlas las últimas novedades de lo que les ocurre a los hombres, pues ellas, desde las alturas, tienen una visión privilegiada del conjunto». Él tuvo alguna vez esa visión privilegiada. También la de detalles imposibles, como aquella en que al ver a Lillo Rizzitano, viejo y casi ciego, comprendió que lo había visto antes en la fotografía de la solapa de un libro. Y si no era él, era su doble perfecto, cosa nada improbable tratándose de un libro de Borges.

«Al final, o casi, de su carrera, renegaba, a los ojos de sus superiores y de la ley, de los principios que durante años y años había acatado». En su vida de comisario recibió un par de balas en su cuerpo. A raíz de la segunda, su estado generó diversidad de opiniones: desde los médicos que opinaban que su corazón funcionaba «con corriente alterna», o que «parecía la ciudad de Dresde en 1945», hasta el profesor Di Bartolo, que llegó a afirmar que aguantaría otros tres o cuatro tiros.

Tuvo una pistola y una lupa. «Después de Sherlock Holmes —se decía—, ningún policía lo es de verdad si no tiene una lupa al alcance de la mano». Montalbano estaba seguro de que existía un *Manual del perfecto investigador*. Pero ese era un libro que no había leído. ■

***Emilio Pascual** es escritor y editor.

Notas

1. De ella sabemos que «a menudo se encerraba en el dormitorio a oscuras por lo mucho que le dolía la cabeza, y entonces no se podía hacer ruido en casa y todo el mundo tenía que caminar de puntillas». Salvo Montalbano pertenecía a esa «desdichada categoría humana» que, en los días desapacibles, puede ponerse «a cambiar constantemente de opinión y dirección como esos trozos de latón cortados en forma de bandera o de gallo que giran en todas direcciones en los tejados al menor soplo de viento».

2. Creo poder asegurar que se trataba de *Los mares del sur*.

3. El abogado Francesco Paolo Di Blasi diría que «cada sociedad genera el tipo de impostura que, por así decir, merece. Y nuestra sociedad... constituye en sí misma una impostura, una impostura jurídica, literaria, humana... Sí, humana, incluso existencial...». Di Blasi hablaba a finales del siglo XVIII, pero bastaría la relectura continua de esta novela para ratificar el buen gusto literario de Montalbano y su probidad cívica. Una obra genial en su sencillez, que habría que reivindicar

una vez más en estos tiempos de superchería e impostura.

4. De Faulkner también había leído *Una rosa para Emilia*, un relato en cuyo interior revivió una aventura trasladada a Sicilia.

5. En honor a los lectores del *Quijote*, no puedo resistirme a transcribir un cuento de Denevi: «Vivía en El Toboso una moza llamada Aldonza Lorenzo, hija de Lorenzo Corchuelo, sastre, y de su mujer Francisca Nogales. Como hubiese leído numerosas novelas de estas de caballería, acabó perdiendo la razón. Se hacía llamar doña Dulcinea del Toboso, mandaba que en su presencia las gentes se arrodillasen, la tratasen de Su Grandeza y le besasen la mano. Se creía joven y hermosa, aunque tenía no menos de treinta años y las señales de la viruela en la cara. También inventó un galán, al que dio el nombre de don Quijote de la Mancha. Decía que don Quijote había partido hacia lejanos reinos en busca de aventuras, lances y peligros, al modo de Amadís de Gaula y Tirante el Blanco. Se pasaba todo el día asomada a la ventana de su casa, esperando la vuelta de su enamorado. Un hidalguillo de los alrededores, que la amaba, pensó hacerse pasar por don Quijote. Vistió una vieja armadura, montó en un rocín y salió a los caminos a repetir las hazañas del imaginario caballero. Cuando, seguro del éxito de su ardid, volvió al Toboso, Aldonza Lorenzo había muerto de tercianas». Así es el cuento, así la vida.

6. Solo nos consta que «tiempo atrás había sido un fiel lector de *Linus*, que le introdujo en el gusto por los tebeos de la época, desde Mandrake hasta el agente secreto X-9, de Flash Gordon a Jim de la Jungla». En un mercadillo de Bocca-dasse (Génova) «descubrió un semestre del *Corriere dei piccoli* de 1936, muy bien empaquetado. Lo compró, pero no tuvo tiempo de leerlo».

7. Vez hubo en que tuvo que vérselas con el juez Nicolò Tommaseo, que, «como todo el mundo sabía», «conducía como un perro drogado», y no pudo evitar que le viniera «a la mente otra frase de Manzoni que había leído en algún sitio acerca del otro y más célebre Nicolò Tommaseo: "Este Tommaseo tiene un pie en la sacristía y el otro en el burdel"».

8. Aun así, cuando, resuelto el caso, le oyó decir: «No sé si sabe que hay una comedia, griega o romana, no lo recuerdo, titulada *El atormentador de sí mismo*, en la que...», el comisario le interrumpió, pero no para precisar que el *Heautontimorumenos* era una comedia de Terencio, sino para decirle con total sinceridad: «Solo sé una cosa, y es que no quisiera tenerle a usted como enemigo».

NUEVOS PRECIOS DE CLIJ

El incremento de las tarifas de correos y del precio del papel, nos obliga a modificar el precio de **CLIJ**.

A partir del próximo mes de junio, el precio de cada ejemplar será de 6,50 €, y el de la suscripción por un año de 65 €, lo que supone un 10% de descuento sobre el P. V. P. para los suscriptores.

Lamentamos haber tenido que tomar esta medida y agradecemos la comprensión de nuestros lectores.